

IV. ÉTICA Y FEMINISMO: LA IGUALDAD DE LA MUJER

En los tiempos en que la terrible lacra de la violencia de género se hace presente cada día gracias a la fuerte conciencia social que se ha logrado y que conlleva la denuncia constante en los medios de comunicación, creo que resulta imprescindible dedicarle atención a este asunto. Además, con respecto al movimiento feminista se comienza a hablar de la «cuarta ola», una ola de un gran activismo y con repercusiones muy importantes en nuestra realidad.

Decir una palabra original sobre el tema de la igualdad de la mujer es tan difícil como elevarse tirándose de las orejas. Pero el tema está ahí. Es un asunto eterno, sin duda. Y es un asunto de todos los días, por desgracia, nunca resuelto definitivamente y al que, obviamente, hay que dar una respuesta comprometida. Una respuesta que, aun-

que repita cosas dichas, bordee la incomprensión o pueda caer en terreno baldío, nos acucia. Y nos causa desazón. Por eso, y antes de dar una opinión más ceñida y personal, permítasenos un pequeño rodeo que sitúe el campo del conflicto.

Cuando se habla de ética femenina, ¿se quiere decir que existen dos éticas, una masculina y otra femenina? Evidentemente, no. La ética es universal y abarca a todos los seres humanos, sin distinción de sexos. A pesar de lo dicho, hablar de ética femenina tiene dos significados, uno negativo y otro positivo, de la mayor importancia. Negativamente significa que muchas de las características que se han dado a la ética llevan el sello machista y misógino de sus autores. Positivamente, que se ha desarrollado en los últimos tiempos una visión centrada en las virtudes femeninas que, incrustadas en la ética que a todos compete, pueden mejorar y completar una moral unilateral. Una moral hecha a imagen y semejanza del hombre. Antes de volver de nuevo a la posible complementación, conviene que demos un pequeño rodeo por la historia.

Nuestra historia ha sido de una falta de consideración extraordinaria con la mujer. Dos pequeñas muestras. En el griego Hesíodo, la mujer nace como regalo envenenado de Zeus. Y su descripción no pudo ser más cruel: «Mente cínica y carácter voluble». En la cultura griega se mantendrá la superioridad del macho sobre la hembra como algo indiscutible. Si nos volvemos ahora al otro gran tronco de nuestra cultura, en el Génesis la

mujer no sale solo de la costilla del hombre, sino que, aliada con la serpiente, que es el mal, actúa como inductora por medio de la seducción: nada digamos si miramos más atrás, a los panteones machistas indoeuropeos, o si miramos hacia adelante, a la parte siempre subordinada que se va a reservar a la mujer en el cristianismo. En el cielo no hay madre sino padre. Y en la tierra ni siquiera podrá ejercer las labores sacerdotales. Un dato más antes de dejar la historia. Los filósofos, salvo alguna noble excepción, han coleccionado un montón de sandeces sobre las mujeres. Todo un tema psicossociológico (en parte estudiado por Scharfstein), puesto que la mayor parte de ellos o no tuvo relación con mujeres o mantuvo una relación extraña con sus madres. El colmo de una elaboración perversa sobre la mujer se debe al filósofo austriaco Otto Weininger quien, graciosamente, quitó a la mujer su capacidad lógica y moral¹. Hay que añadir que se suicidó muy pronto.

Si dejamos la historia y nos fijamos en disciplinas referidas al cuerpo humano y sus comportamientos, es evidente, que el hombre y la mujer difieren en aspectos que, conviene, siquiera mínimamente, recordar. Desde un punto de vista biológico, existen diferencias en los cromosomas. La mujer tiene dos cromosomas XX mientras que los del varón son XY. Si pasamos de la biología a la endocrinología, la testosterona abunda más en el hombre que en la mujer. Y antropológicamente hablando, los

¹ WEININGER, Otto, *Sexo y carácter*, Losada, 2004.

condicionamientos del embarazo, parto y cría de la mujer han debido influir decisivamente en la configuración cazadora del hombre. Incluso desde una perspectiva psicológica algunos han intentado probar una menor disposición de la mujer para las ciencias abstractas, como es el caso de la matemática². ¿Qué se seguiría de todo ello? Nada que vaya en detrimento de la mujer. Bastante en lo que respecta a la posible coordinación entre mujer y hombre. Evidentemente, el biologismo sexista es una necedad y el resto de las ciencias sociales lo más que nos dan son el dato de la diversidad; las distintas adaptaciones del hombre y de la mujer. Inferir una valoración superior del hombre es tan absurdo como inferir superioridad entre hombre y hombre debido al color de la piel. Por otra parte, lo que aparentemente puede presentarse como debilidad, es en otro sentido fuerza. Lo cual ha dado pie, por cierto, a que alguna feminista haya ensayado retomar las supuestamente denostadas virtudes feministas para, una vez recuperadas, colocarlas como bienes tanto al servicio del hombre como de la mujer. Piénsese, por ejemplo, en la ternura o en la capacidad para soportar dificultades. La propuesta es sin duda polémica. Mejor, por tanto, fijarse no ya en las supuestas virtudes tradicionales sino en lo que sería propio de la feminidad y que, reprimido, ha de recuperarse como se recupera todo lo que nos

² Tristemente no ha sido hasta 2019 cuando la norteamericana Karen Uhlenbeck se ha convertido en la primera mujer en ganar el Premio Abel de matemáticas.

pertenece y es estimable. En este punto, la revolución del pensamiento femenino ha traído consigo una revolución similar en lo que atañe a la igualdad y la diferencia. No se trata ahora de reivindicar la igualdad ante el hombre, cosa que en el plano teórico es indudable (aunque siga estando lejos en lo práctico), sino de establecer una teoría feminista en la que se insista más en la diferencia, en la igualdad, o se busquen fórmulas intermedias. Así, la teoría de género intenta mostrar hasta qué punto lo característicamente femenino constituye una categoría. Todo ello desde la crítica previa a la tradición falocentrista. La labor de Luce Irigaray³ ha sido, en este sentido, fundamental. La crítica se hace extensiva a las filosofías de la modernidad que nacen, precisamente, excluyendo a la mujer. La supuesta universalidad ilustrada no irá más allá de los hombres. Y en lo que atañe, específicamente, al mundo moral, los estudios de Carol Gilligan⁴ son decisivos. Contra sus maestros, muestra Gilligan toda una manera de evolucionar femenina distinta de la masculina. La intimidad, la relación personal, por ejemplo, serían componentes básicos de la conducta moral femenina frente a la conducta de los hombres basada en las normas, la justicia, la lógica. Habría, en

³ IRIGARAY, Luce, *Espéculo de la otra mujer*, Madrid, Akal, 2007.

⁴ Se reconoce a C. Gilligan como la primera representante de la teoría ética que se ha llamado «la ética del cuidado» y es importante su libro: GILLIGAN, Carol, *In a Different Voice*, Harvard, University Press, 1993.

fin, para decirlo en palabras de una filosofía próxima a los planteamientos que insisten en la diferencia, una ética masculina de la justicia y una ética femenina del cuidado (*care*). Obviamente la teoría de género es criticada o matizada desde otras posturas más acordes con la igualdad que con la diferencia.

Podemos preguntarnos ya por la posible conciliación entre las virtudes femeninas y las masculinas (repárese en que etimológicamente virtudes —del latín *vir*, varón, hombre— femeninas, es una contradicción. Pasemos por encima, sin embargo, de la etimología). Una conciliación que condujera a una ética más equilibrada, menos unilateral. Para dar respuesta a la pregunta recordemos uno de los debates ya clásicos en el campo de la moral: se trata del que contrapone las éticas de la virtud a las éticas de los deberes. Más que de oposición radical, sin embargo, hay que contemplarlas como dos puntos de vista que se complementan. Y es que, si alguien es bueno, y así se le puede poner como modelo, es al mismo tiempo alguien que cumple con sus deberes. Y, recíprocamente, si uno es fiel a sus deberes es porque es bueno. Son, o deberían ser, dos caras de una misma moneda. Un deber sin virtud es formalidad pura. Y una virtud sin deber permanecería en la más estricta y extraña intimidad. Pasemos a la deseada conciliación. Desde dicha complementariedad tendríamos, por ejemplo, que la intimidad femenina da vida a la exterioridad masculina. La amistad, por su parte, rompería la rigidez formalista; la relación personal haría

descender a las normas abstractas; la responsabilidad ante lo inmediato pondría ante nuestros ojos lo que hay que hacer sin dilación; la sensibilidad armonizaría realmente a los hombres y mujeres, y la ayuda no andaría buscando, como si de mercancía se tratara, la recompensa instantánea. Finalmente, podríamos ser un poco más felices con menos culpa, sin dejar, por eso, de ser fieles a los compromisos. Se trata desde luego, de una muestra. Y se trata de un problema que no es fácil solucionar. Porque la división se instala muchas veces en medio de las mujeres. Y, porque, como se ha insistido con frecuencia, al hombre le es muy difícil salir de la lógica amo-esclava. Pero la ética tanto en sus demandas universales como en su mirada concreta alrededor de lo que nos sucede, no puede ser vencida ni por los desacuerdos teóricos ni por la tiranía de la tradición. Al mismo tiempo, cualquier avance en la ética que hemos dibujado como deseable necesita que, día a día, encuentre su plasmación en una sociedad más igualitaria. Empezando por la igualdad práctica hombre-mujer.

Quiero acabar, al hablar de la igualdad práctica, poniendo los pies en la tierra y alejándome de la teoría. Imaginemos una discusión entre un hombre y una mujer. La mujer acusa de machismo al varón. Este, por su parte, reprocha a la mujer su incapacidad para liberarse, dada su supuesta habilidad, del poder de aquellos considerados por ella como más imbéciles. El esquema es, sin duda, tópico y hasta desgastado. Pero es un esquema real y nos puede ser útil. ¿Por qué? Porque señala

uno de los problemas básicos de la disputa. Indica hasta qué punto es difícil colocarse no ya en un terreno neutral sino con la objetividad adecuada para tratar de iniciar la solución del problema. Y es que, en estos casos, se confunde la explicación con la justificación. Más aún, al adversario se le exige que justifique unos actos mientras que cuando tal acusador recibe, a su vez, las objeciones, este se refugia en la explicación. Dicho de una manera más concreta. Imaginemos a Karmele y a Igor. Karmele tacha a Igor de machista e incapaz de cambiar. Igor replica diciendo que ella, en el fondo, poco hace por dicho cambio. En los momentos cruciales, por ejemplo, todas sus armas las usa para seducir o para obedecer la imposición del macho. Karmele replica, por su parte, que dado un dominio que se remonta siglos o milenios no es extraño que no pueda liberarse tan fácilmente. Igor, así, ha encontrado su mejor defensa: dado que desde hace siglos o milenios también él ha sido condicionado, no es extraño que no cambie, sea incoherente con sus ideas o, simplemente, todo lo deje para más adelante.

El esquema se revela fecundo. Porque muestra hasta qué punto perdemos tantas veces el tiempo. En vez de una discusión nítida y un esfuerzo real por colocarnos en la vía de una mejora vital, nos perdemos en la oscuridad y usamos, falazmente, un conjunto de argumentos que, en su mezcla, son inválidos e inútiles. Y es que el asunto no consiste en mirar hacia atrás en la historia sino en saber, ahora, cómo justificar una actuación machista,

por ejemplo. Puesto que dicha justificación no es posible, lo que se exige moralmente es esforzarse en cambiar. Esforzarse ya que se trata de un mandato moral con las consecuencias sociales y políticas que una moral objetiva comporta. Naturalmente, las exigencias y los cambios han de ser mutuos. Lo que sucede es que la parte con mayor responsabilidad moral, la parte con mayor necesidad de invertir una situación injusta reside en el hombre. Al margen de los pasos necesarios de la mujer en la conquista de un mundo más humano y menos impregnado de imposición y poder, es el hombre quien debe cargar con el fardo. Debe cargar con la carga que pesa como culpable del objetivo de una situación real injusta. Con lo dicho, naturalmente, no se está negando valor a cualquier tipo de investigación empírica que se introduzca en la historia. La antropología, la sociología o la psicología son excelentes aliadas para conocer el curso de una serie de hechos que enlazan con la situación en la que vivimos. Pero en donde se juega, en verdad, la cuestión es en lo que ahora ocurre, es en la actitud que cada uno debe tomar con relación a la disfunción, en poder y derecho, entre el hombre y la mujer. En este sentido, tampoco está de más insistir en que el machismo es una forma de racismo. El racismo consiste en su núcleo, en establecer grados de superioridad e inferioridad entre los seres humanos y en cuanto seres humanos. Por eso quien confesara, explícita o implícitamente, que el hombre es superior a la mujer, estaría suscribiendo la idea de que la mujer,

o bien no es un ser humano, o, si lo es, lo es de rango inferior. Semejante barbaridad se ha defendido a lo largo de nuestra historia, y hasta ha estado a punto de ser sancionada por poderes bien establecidos, como es el caso del poder eclesiástico. Dicha labor teórica debe reelaborarse, actualizarse y repetirse allá donde haya acusación. Y con todos los medios a disposición. Por eso hay que saludar, como una iniciativa interesante, la introducción, cada día más segura, de los estudios sobre la mujer en la vida académica e intelectual en general.

Existe, para acabar, la prueba de la práctica diaria, los cambios que, con toda la dificultad del mundo, pueden medirse, se hacen notar y nos dan, cuando se dan, ánimo para seguir adelante con menos escepticismo. En este punto, convendría señalar que la resignación, tanto por parte del hombre como por parte de la mujer, es una desgracia que a toda costa debe evitarse. Incluso si alguno cree —y quien esto escribe lo cree— que las cosas van despacio, que el progreso es más aparente que real o que las modificaciones, en suma, tendrían que ser más profundas.

Queda, finalmente, lo que podríamos llamar la colaboración mutua. El reconocimiento, primero, de las deficiencias propias. Y después, el intento serio por aprender. La cultura, como hemos visto, se suele entender de muchas maneras. Posee, no obstante, un rasgo que nadie niega: el aprendizaje. Saber aprender es ir haciéndose, poco a poco, ser humano. Hacia esa meta deben, por cierto, ir los pasos tanto de los cambios masculinos como de las con-

quistas femeninas. Ahora bien, una de las conquistas inmediatas más importantes es esta: que la mujer enseñe al hombre a ser hombre. Que se lo enseñe no como se le enseña a un niño. Que se lo enseñe porque tiene razones. Porque tiene razón.